



Pintura mural descubierta en 1850 en la iglesia de Peronne.—Dibujo de H. Renaud.
SEGUNDA SERIE.—1864.

PINTURA MURAL DE LA IGLESIA DE PERONNE.

En 1850 se descubrió en la capilla del Sagrado Corazón de la iglesia de Peronne (departamento de Somme), una pintura mural oculta hacía mucho tiempo debajo de un espeso estuco. A los lados y fuera del cuadro, el cual tiene como cinco metros de ancho y seis de alto, se ven puestos de rodillas los donadores, pintados de tamaño natural; á mano izquierda está Juan Roussel, consejero y lugarteniente particular, civil y criminal del gobierno y prebostazgo de Peronne; á la derecha, su mujer Jacoba Aubé, y encima hay una inscripción, que recuerda que mandaron ejecutar aquella pintura en 1601.

La composición representa la glorificación de la Virgen, á quien vemos colocada en el centro del cuadro entre la tierra y el cielo y adorada por ángeles y santos. Cada figura va acompañada de un letrado latino, que explica la idea ó acción por medio del cual contribuye á completar el pensamiento general.

En la parte superior se ve al Padre Eterno entre el Hijo y el Espíritu Santo, y abajo está el pecador tendido en su lecho mortuario. La idea del moribundo es el temor de Dios, y sus labios imploran la misericordia del Señor recitando el versículo 20 del capítulo XIX del libro de Job. Tiene descansando la cabeza sobre las tres virtudes teológicas, Fé, Esperanza y Caridad. El cuerpo está cubierto con buenos pensamientos y buenas palabras, y recostado en un colchón lleno de buenas obras. Los pies del lecho se apoyan en las cuatro virtudes cardinales, Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza. Junto al moribundo hay dos religiosos que recitan las oraciones de los agonizantes, mientras que un tercero le presenta el hisopo del agua bendita. Un demonio que se ha introducido junto al moribundo, le dice con feroz alegría: «Has pecado, luego no esperes perdón.» A la cabecera de la cama su santo ángel de la Guarda está llamando á los ángeles del Señor, para que rueguen con él, mientras que á los pies del mismo lecho el santo patrono invoca á los demás santos.

En el centro del cuadro, la Virgen, arrodillada en una nube, implora en favor del pecador á la Santísima Trinidad. Por la derecha está rodeada de ángeles que dicen: «Por ella vamos á Dios,» y por la izquierda, de una muchedumbre de santos que cantan: «Por ella Dios viene á nosotros.» Rogado Dios á la vez por su Hijo, por el Espíritu Santo y por la Virgen, declara, en fin, que el tiempo de la misericordia ha llegado. El arcángel San Miguel se arroja al momento, pone en fuga á los demonios y trae al moribundo el perdón del Señor.

Esta idea de que la Virgen es el centro de las bendiciones del cielo, y que á ella debemos dirigirnos en la aflicción, ha sido presentada por muchos pintores á principio del siglo XVII, y conocemos un grabado publicado en Roma en 1603, que concuerda exactamente con el asunto del cuadro de la iglesia de Peronne.

LOS APACHES.

Con el nombre genérico de Apaches se comprenden varias tribus indias, entre las que deben contarse los coyote-

ros, los pinaleros, los tontos, los chiricahuix, los de Sierra Blanca, los mogollones y otros cuyo número no es fácil decir.

No hay apaches en el estado mismo de la Sonora; pero están confinando con la jurisdicción de Fronteras.

La sagacidad de los apaches es tal, que nunca se engañan en el camino de sus batidas, y que en las mas oscuras noches saben siempre dirigirse por el mas dificultoso sendero.

Estos indios son astutos, variables, atrevidos hasta la temeridad y recelosos. Su insigne mala fé no se encuentra en ninguna otra tribu de indios. Nunca se ve un apache fuera de su guarida y desarmado.

La estatura y color varían según las tribus; son ateizados, de buenas formas, tienen larga cabellera y poca ó ninguna barba. Se pintan el rostro con ocre, especialmente las mujeres, y sus jefes y principales llevan adornada la cabeza con piel de ciervo y mas ó menos plumas según su categoría: usan calzoncillos de piel de cabra ó de venado y una túnica ó frac de lo mismo abierta por los lados. Las mujeres tienen un vestido, que no se diferencia del de los hombres sino por una túnica y enaguas que baja hasta las rodillas. Tanto hombres como mujeres tienen el pie pequenísimo. Las mujeres llevan en las orejas unos adornos hechos de cuentas de cristal, de escamas ó de piedras blancas, y también suele verse á los hombres con los mismos colgajos.

Los apaches andan siempre errantes de monte en monte, buscando como las bestias feroces, las cimas mas inaccesibles. Su instinto les sirve en esto maravillosamente, porque así evitan encontrarse con los soldados enviados en busca de ellos. No tienen habitaciones que merezcan este nombre: se acampan en todas partes, y sus chozas de ramas de árboles están cubiertas miserablemente con yerbas, sin dejar sino un agujero por donde apenas puede pasar una persona. Si el sitio que eligen para acampar está arbolado, buscan los mas espesos árboles, colocan algunas ramas al pie, las cubren con yerbas para defenderlas de la lluvia y se meten debajo; pero lo mas comun es que acampen al aire libre y sin abrigo de ninguna especie.

Son glotoneros hasta la voracidad cuando tienen abundantes vituallas (se ha visto á un solo apache, devorar en una comida el hígado, la asadura, las entrañas y los riñones de una vaca); aguantan el hambre y la sed con una paciencia y una fuerza de voluntad maravillosa. Cuatro, cinco ni ocho días de privación absoluta no los abaten, mientras hallan algunas raíces ó matas de yerba que mascar. Antes de la introducción del ganado mayor en la Sonora les bastaba la carne de caballo y la de algunos animales silvestres, con la que mezclaban ciertas especies de yerbas; pero así que han probado la carne de vaca, lo arrostran todo para proporcionársela. Las frutas silvestres que en el país abundan, constituyen también una de las principales bases de su alimento.

La duración media de la vida de los apaches es de setenta á ochenta años. Mientras que el hombre tiene fuerza para hacerse respetar, lo respetan, mas así que está cargado de años; el desprecio cede el puesto al temor, y difícilmente el recuerdo de una acción heroica protege al anciano contra la indiferencia del joven.

Las costumbres son casi las mismas que en todos indios. El padre de familia es su jefe; profesan la poligamia en gran

escala, y algunos tienen hasta cinco y seis mujeres, las que literalmente son esclavas y animales de carga al mismo tiempo. Vestidos é instrumentos, armas y comida, todo lo preparan ellas, construyen las chozas, cortan las maderas, guardan y cuidan los animales, etc. Los casamientos son un negocio de especulación. Cierta número de pieles, un arma cualquiera y un caballo, pagan ámpliamente la mano de la hija, y por otra parte, poco importa el gusto de la jóven. Los apaches tratan á las mujeres con una brutalidad de que no hay ejemplo, pues la menor sospecha justifica el esterminio de la infeliz que la ha provocado. Pero si el matrimonio se contrae fácilmente, se disuelve con mayor facilidad todavía. El consentimiento mútuo basta para que la mujer vuelva á casa del padre; en cuyo caso éste se ve obligado á entregar al yerno lo que recibió cuando el casamiento.

La religion de los apaches los induce á creer la existencia de un ser supremo, á quien llaman Iastaritano ó jefe de los cielos; pero no tienen idea alguna de los atributos de la divinidad, ni por consiguiente, de la existencia futura de la inmortalidad del alma.

Queman los muertos y abandonan á los enfermos, cuando estos se presentan reacios á los tratamientos por medio de los simples y yerbas que aplican invariablemente. En este caso cuidan de poner junto al enfermo un monton de ceniza y una poca de agua. La mujer lleva á su hijo sin dificultad ninguna: lo sumerge en agua fria desde que nace, y por lo comun se retira al monte ó al bosque para parirlo.

Ignoran el uso de la sal y muchas veces comen la carne cruda; la tribu de los coyoteros come la carne del coyote (especie de chacal) sin embargo del repugnante olor que exhala.

El valor es la única virtud que respetan estas hordas de indios, que no conocen mas ley que la fuerza. Su habilidad en la cacería es admirable. Van á acechar un venado y se ponen en la cabeza una cornamenta como la del mismo, se disfrazan con la piel de estos animales y se quedarán horas enteras detrás de un cerrillo, aguardando la ocasion de matar con seguridad y sin estrépito el animal deseado.

DE LA ESTRUCTURA RELACION

QUE MEDIA ENTRE LOS PRINCIPIOS DE LA BUENA MORAL Y LOS PRECEPTOS EVANGELICOS.

¡Cuán amables y deliciosas son para todas las edades del hombre las ideas puras del cristianismo (1), las reminiscencias halagüenas de haber cumplido con todos sus deberes, y la memoria de haber empleado los días transcurridos de su vida en atesorar los conocimientos mas útiles, que nos conducen por la senda de todas las virtudes sociales! Pero si algunos jóvenes desventurados se han dejado arrastrar por el desórden y la violencia de pasiones desarregladas, ¿no será para ellos un gran consuelo el arrepentimiento, que podrá llevarles por un buen camino á la práctica

(1) La palabra «cristianismo» que suele aplicarse impropriamente á las pretendidas reformas de las sectas disidentes, que han salido de su seno, nosotros la aplicamos única y exclusivamente al catolicismo, persuadidos de que todos los «reformados y reformistas» no son mas que bufones insensatos é impíos.

de todas las virtudes cristianas? El hombre que queda sepultado en las tinieblas y el error, vive cada vez mas perplejo y confuso: son muchos sus remordimientos; muchas las pasiones que le dominan y los vicios que afean su conciencia. Este hombre, en su edad adulta no disfrutará de la estimación pública, y bajará á la tumba cubierto de infamia y acompañado del odio. Cuando nos acercamos al término de nuestra vida, se nos presentan todas las acciones, bien sean virtuosas ó censurables, que han amargado ó dulcificado nuestra existencia, como en un espejo reluciente, que refleja la verdadera imagen de los hechos pasados. Hagamos, pues, que la virtud, los preceptos de la mas sana moral y de la religion nos sirvan de baluarte para defendernos contra las malas inclinaciones de nuestro corazon, y no olvidemos que la estricta observancia de las verdades evangélicas es nuestra mejor defensa. El cristianismo no proclama únicamente la virtud, sino que nos prescribe tambien sus preceptos, y nos enseña el camino de la suma felicidad. El que observe las leyes depositadas en el Evangelio, será buen padre de familia, hijo ejemplar, hermano amoroso, consorte fiel, buen ciudadano. El que profese nuestra religion santísima, llegará á formarse, mediante la revelación divina, la idea mas majestuosa del Ser Supremo, y esta sola idea le facilitará el camino á las investigaciones mas profundas, que tienen por objeto penetrar los misterios de la naturaleza, cuyas tinieblas parecen disiparse cuando el hombre se deja guiar por la antorcha de aquella sabiduría, que desciende hasta nosotros como un destello de la inteligencia divina. Derramemos lágrimas sobre la infeliz suerte de los perversos, que creen que el cristianismo se opone al progreso de las luces, y que por hacer alarde de despreocupación profesan los principios de una falsa filosofía, llegando en su loca impiedad hasta el punto de negar la existencia de Dios. Pero los verdaderos sábios, no solo la confiesan, sino que ven aniquilada toda la grandeza del hombre, cuando elevan su mente á la contemplación del Ser Omnipotente. He aquí cómo se espresa sobre el particular el ilustre Buffon: «¡Gran Dios! cuya sola presencia sostiene la naturaleza y toda la armonía de las leyes del universo: vos, que desde el trono inmóvil del empuje veis rodar bajo vuestros piés todas las esferas celestes sin trastorno ni confusión; vos, que en el seno de vuestro reposo reproducís á cada instante sus movimientos inmensos y gobernais solo y en una paz profunda este número infinito de cielos y de mundos, infundid la calma á la tierra agitada para que todo quede en silencio, y para que la guerra y la discordia se rindan á vuestra voz. Dios de bondad, autor de todos los seres, que vuestras miradas paternales recorran todo lo creado; pero el hombre es el objeto de vuestra predilección; vos habeis aclarado su alma con un destello de vuestra luz inmortal; prodigadle vuestros beneficios y haced penetrar en su corazon un rayo de vuestro amor. Si este sentimiento divino se derrama por do quiera, se reunirán con lazos fraternales las naciones enemigas; el hombre no temerá el aspecto del hombre; el hierro homicida no armará su mano; el fuego devorador de la guerra no destruirá las generaciones; la especie humana germinará con mas fuerza y lozanía, manifestándose cada vez mas fecunda. ¡Gran Dios! secundad nuestros votos, y nosotros os ofreceremos nuevos tributos de reconocimiento y admiración.» ¡Cuán sublime y elocuente es este trozo, salido de la pluma de

uno de los sábios mas eminentes de la Francia, y cuán majestuosos y grandes son los sentimientos que nos inspira! El inmortal Newton no pronunciaba jamás el nombre de Dios sin ponerse de pié y quitarse con profunda reverencia el sombrero; y Rousseau, hablando de la santidad de los Evangelios, esclama contra los que los suponen apócrifos: «¡Ah no es posible que libros tan sublimes hayan sido inventados, ni se inventan cosas semejantes!»

De todo lo que llevamos espuesto se deduce como consecuencia necesaria, que el principio de la verdadera sabiduría es inseparable de la adoración del Ser Supremo, y que no podemos cumplir este oficio tan sagrado sin la práctica escrupulosa de todos nuestros deberes, y sin el pleno ejercicio de los derechos, que deben proponerse como objeto el bien de nuestros semejantes. El estudio, pues, de la moral y la enseñanza religiosa son la única y verdadera base en que se apoya la gran máquina del Estado y todo el edificio social.

La juventud debe dedicarse con especialidad á la lectura de los libros que se distinguen por la pureza de sus doctrinas, porque nada mas emponzoña con tanta violencia el corazón del hombre, como la de los libros, que son el producto de plumas infames y corrompidas. Estos libros convierten nuestra alma en un lodazal de impurezas repugnantes, y dan á los placeres de la vida un tinte de sensibilidad grosera, revistiendo obscenidades ridículas con colores y chistes indignos de la nobleza de ambos sexos. El hombre, sin privarse de los placeres permitidos, puede en todas sus acciones poner freno á los abandonos criminales, que le llevan á vivir mas bien como bruto que como ser, cuya razón es un destello de la inteligencia divina, y lo diferencia poco de los espíritus celestes. Con esta oportunidad queremos consignar en estas columnas un hecho muy notable de la historia contemporánea.

Pedro Maroncelli, cuyo nombre tal vez nadie ignora por haber sido compañero de Silvio Pellico, y víctima desventurada del Austria en su destierro: Maroncelli, digo, nos refiere, que estando en Milan, y habiendo ido un día á visitar al célebre Melzi, que figuró en primera línea entre los hombres políticos antes de la caída de Napoleon el Grande, lo encontró que leía la *Imitación de Cristo* del venerable Kempis: Melzi cerró el libro y le dijo: «Esta obra, que muchos tal vez no habrán leído, encierra pensamientos tan elevados, que son dignos de todo hombre que aspira á ser filósofo cristiano.»

Nosotros sabemos muy bien que los jóvenes que se dedican á estudios severos, se ven repetidas veces obligados á consultar y leer libros contrarios á las creencias religiosas y la pureza de las costumbres, porque en medio de sus errores contienen muchas verdades y algunas buenas doctrinas. En casos semejantes, que no olviden jamás que en esta lectura necesitan el ejercicio de una crítica muy juiciosa, y que deben leer esos libros después de haberse empapado en los principios de la moral y de la religión. En cuanto á los escritos licenciosos é inmorales únicamente, no hay pretexto que valga para leerlos: merecen todos ser arrojados al fuego, y ¡ay de los jóvenes que se abandonan á su lectura! Esos libros acaban por pervertir la conciencia y tienden á quebrantar sordamente los lazos sociales, ridiculizando las virtudes mas fundamentales, las verdades mas augustas y todos los preceptos de la buena moral, cuyo apo-

yo necesitan los hogares domésticos para la felicidad pública y privada, como son el amor filial, la obediencia hacia nuestros superiores, la modestia y el pudor del bello sexo, la fe conyugal y la caridad con el prójimo.

Mirad con fiero ceño á los enemigos del cristianismo y mofaos de los que dicen que se puede ser virtuoso y profesar los principios de la buena moral sin ser cristiano. Grocio y Leibnitz, aunque educados en el seno de la reforma, hablan con entusiasmo de la santidad de los Evangelios, y dicen que en esos libros únicamente se encuentran los preceptos de la verdadera moral y las reglas infalibles que pueden guiarnos por la senda de todas las virtudes. El primero nos ha dejado un elocuente testimonio de su religiosidad en un pequeño libro latino, titulado: *De la verdad de la religion cristiana*; y el segundo, no satisfecho con manifestarse respetuoso hacia el cristianismo, dice que los católicos tienen en el pontífice romano aquel centro de unidad maravillosa que da formas sublimes y el sello de una creencia permanente é invariable á los dogmas cristianos.

El ilustre Byron, cuyo nombre ha adquirido tanta fama, y cuyas obras llevan el timbre de la originalidad; el ilustre Byron, que desventuradamente se acostumbró desde muy temprano á idolatrar indistintamente ora la virtud, ora el vicio, ora la verdad, ora el error, y que sin embargo, se sentía agitado por cierto amor que le atormentaba y que le inspiraba un ardiente deseo de investigar los principios de la verdadera virtud, persuadido de que en el catolicismo únicamente se pueden encontrar los preceptos de la buena moral, quiso que su hija fuese educada en el gremio de la verdadera iglesia. Otro vate moderno inglés, llamado Tomás Moore, después de haber vivido largos años en una incertidumbre religiosa, que le angustiaba, y después de haber hecho profundos estudios, conoció que no podía ser perfectamente cristiano, ni virtuoso, ni puro en sus costumbres y pensamientos sin ser católico. Convencido, pues, y resuelto á abrazar el catolicismo, exclamó: «¡Salud, Iglesia una y verdadera, único camino de la vida, y la sola, cuyos tabernáculos no conocen la confusión de las lenguas! Que mi alma descanse á la sombra de tus santos misterios: lejos de mí la fe imprudente que quisiera sondearlos.»—El doctor de la Iglesia San Agustín, confirma lo propio en este breve pasaje: «Yo veo la sublimidad del cristianismo, aunque no me sea dado medir sus profundidades.»

El presidente de Montesquieu y otros varones muy ilustres, no contentándose con manifestar en sus varias obras mucha indignación contra los enemigos del cristianismo, no han vacilado en afirmar, que en donde no hay cristianos no hay verdadero progreso, ni moralidad, ni grandes virtudes. Melchor Cesarotti, muy conocido en Europa por sus doctas producciones, al hablarnos de la filosofía de Sócrates, tipo de la perfección religiosa y de la buena moral en el seno del paganismo, esclama: «¡Sean baldon eterno para los falsos cristianos los sentimientos religiosos de éste mártir ilustre de la antigüedad.»

Napoleon I agradeció con una pensión de 3,000 francos al célebre vate Evaristo Parny; pero dijo que no le conferiría jamás destinos públicos, porque su poema, titulado: *La guerra de los dioses* había dado á conocer al mundo que su autor era uno de los escritores mas impíos é inmorales.

Desdichados los hombres que suponen que la felicidad puede existir separada de las virtudes, que sirven de base

á la moral, mientras que, tanto nuestra santa religion, como la experiencia de todos los siglos, nos evidencian lo contrario. Es cierto que en este valle de lágrimas y miserias, el hombre no puede alcanzar una felicidad completa y verdadera; pero una vida tranquila y sin remordimientos, que acosan la conciencia, una resignacion muy dócil á los sufrimientos, que son patrimonio y triste herencia de nuestra estirpe, no constituyen aquella felicidad, que consiste en el alivio de las amarguras de la vida, y que no tiene mas punto de apoyo que la virtud? He aquí como se espresa acerca del particular el célebre Luis Muratori, cuyo nombre no ignoran los sábios de uno y otro hemisferio. «Todos los discursos de los hombres, que ambicionan ser felices, no salen del círculo de una vida regalada. Los vereis, pues, afanarse para conseguir altos puestos, encumbrados honores y eminentes dignidades, para adquirir fama y gloria, para acumular tesoros, para idear á cada instante nuevos deleites y placeres, especialmente materiales, para buscar medios y modos de mandar á los demás, y finalmente, para correr con anhelo tras los bienes de fortuna. Todo esto sucede porque se figuran constantemente que la bienaventuranza, que puede lograrse en esta vida, tan sólo se halla en el actual placer ó en la posesion de estos bienes materiales, de donde pueden originarse todos los goces. Pero preguntadles como tienen su corazon. ¿Se halla por ventura siempre en calma y quietud ó muchas veces agitado por una fiera tempestad? La experiencia cotidiana nos pone de manifiesto el desengaño, y acaso lo probamos en nosotros mismos. No se consigue ciertamente con todos estos bienes la alegría, quietud y tranquilidad de ánimo, ó por lo menos una alegría permanente no vive con ellos, no vive en el corazon de esos hombres. Grandes afanes cuesta el desear lo que nos falta, sin poderlo conseguir: mayores fatigas padecen por lo comun otros muchos hombres cuando quieren lograr puestos, riquezas dignidades y señorios. Estos bienes, despues de logrados, no parecen ya aquellos mismos que con tanta ansia se deseaban. La costumbre de poseerlos, es lo suficiente para que la indiferencia ocupe el puesto de los antiguos deseos y no nos deje gozar lo esquisito y dulce de tantos objetos, que antes de conseguirlos, hacian una fuerte impresion en nuestra fantasia; y un solo bien que nos falte de aquellos que deseamos, y no podemos conseguir tiene fuerza bastante para llenar de acibar el gusto y placer de los otros que poseemos. El hombre, aunque tenga principados, dignidades, hacienda, gobiernos y otras comodidades, y sea un ser privilegiado y logre segun sus deseos todos los bienes terrenos, estos mismos bienes, ó verdaderos ó tenidos por tales, jamás se hallarán sin muchas y agudas espinas, sin los dolores y tormentos que causa el adquirirlos, manejarlos y conservarlos: acaso serán mal adquiridos, y de consiguiente causa de mayores miserias y penalidades. Vemos ciertamente, no rara vez, que el disgusto, los celos, la rabia, las ansias y las angustias, mas presto se albergan en las casas de los poderosos y ricos que no en las cabañas y chozas de los pobres. Muéstrsenos uno solo de los poderosos que esté libre de miserias semejantes, porque se halla en puestos eminentes y posee muchos bienes.»

Este pasaje que acabamos de transcribir, nos da á conocer que es muy inexacta la idea, que se han formado generalmente los hombres de la felicidad, y que en este mundo podemos adquirirla, aunque muy imperfectamente, observan-

do con escrupulosidad todas las reglas y preceptos que nos prescribe el Evangelio, fundamento y base de la buena moral. Si hay hombres, pues, que se juzgan felices por haber disfrutado sin interrupcion de los bienes fútiles con que nos brinda el mundo, tiemblen de su misma felicidad, porque es la prueba mas infalible de que se les prepara el huracan tremendo de grandes desdichas, y si estas no llegan, la Divinidad les ha abandonado, como nos lo demuestra el extraño fenómeno de ser ellos únicamente felices y exentos de todas las desgracias. Nos parece muy del caso en esta circunstancia referir un hecho histórico muy notable.

En una vida de San Ambrosio, que hemos leído, hace ya muchos años, está consignado, que éste docto é insigne obispo de Milan, que éste ilustre varon, modelo de todas las virtudes cristianas, recorriendo una vez su diócesis, pernoctó en la casa de un opulento señor. La santidad de Ambrosio, la fama que por do quiera le precedia, su celo episcopal, llenaron de contento al hombre que tuvo la dicha de recibirle en su casa. Este, despues de haber hablado con San Ambrosio de varias cosas indiferentes, le dijo: «La Divinidad por su misericordia, me ha dado á conocer que soy su hijo predilecto, porque no he experimentado jamás las flechas emponzoñadas de la desventura y soy completamente feliz.» El santo le escuchó atentamente, y tan luego como quedó con el reducido número de sacerdotes que le acompañaban, les dijo: «Mañana partiremos al romper el alba, porque me infunde terror el estar cerca de un hombre que ha sido siempre dichoso.» Las órdenes de San Ambrosio fueron puntualmente ejecutadas, y su biógrafo dice, que al cabo de algun tiempo fueron muchas las desgracias que acibararon la existencia del hombre, que se habia creído el hijo predilecto de la Divinidad.

De todo lo que acabamos de esponer, se deducen estas dos conclusiones: 1.ª Que todos los hombres aspiran á una felicidad completa y muy duradera: 2.ª Que no pudiendo bajo ningun concepto conseguirla en este globo que habitamos, podemos tan solo acercarnos á ella y lograrla muy imperfectamente, no separándonos de los principios de la buena moral y de los preceptos evangélicos.

S. C.

LA SEÑORITA DE LAUNAY O LA JOVEN POBRE.

I.

Evreux, en Normandía, es una de las grandes y antiguas ciudades de provincia. En el número de sus obispos cuenta hombres ilustres por todos los títulos del talento, de la cuna y de la virtud; y á causa del ejemplo y doctrina de tales varones apostólicos, la fé del Evangelio ha permanecido completamente pura en la austera sombra de sus cláustros, de sus oratorios y de su iglesia catedral, que orgullosamente podría compararse con la catedral misma de su capital, la ciudad de Ruan. En la época á que va á referirse nuestra historia, una de las abadías de la ciudad de Evreux, la abadía de San Salvador, tenia por abadesa á una señora ilustre, la señora de La Rochefoucauld, sobrina de aquel extraordinario y gran talento, el duque de La Rochefoucauld, el autor

de las *Máximas*, y de ese otro duque de La Rochefoucauld, el amigo del rey, que durante cuarenta años había acompañado á éste en la cacería y que siempre se había presentado triste ó alegre, según se presentaba el semblante del monarca. En este momento ha terminado el gran siglo; el rey y su digno amigo, abrumados con la misma vejez y con el peso del mismo aburrimiento, asisten silenciosos á los últimos días del gran reinado; contemplaron todas las maravillas y ahora sufren todos los dolores; una ruina inmensa, una gloria desvanecida, un duelo sin tregua y sin fin por esos jóvenes príncipes y esas hermosas princesas, queridos hijos cuyas frescas voces difícilmente despertaban aquellos adormecidos ecos. Y ahora todo está callado en ese Versalles de recuerdos tristes, de remordimientos y de sepulcros.

Una tarde de invierno, cuando el día concluye de repente, hallábase sentada en un banco de piedra y descansaba de una gran caminata, en el umbral de la santa abadía donde la señora de La Rochefoucauld era un austero ejemplo de las mayores virtudes, una infeliz muger á pié y que venía desde lejos. Era aun joven y conocíase que había sido muy hermosa; pero los pesares y la desgracia, juntamente con la pobreza, cuyo yugo es durísimo, habían dejado una imperecedera marca sobre aquel hermoso semblante. Aquella infeliz mujer hallábase efectivamente destituida de fuerza y no podía ir mas adelante. Tenía en sus desnudas manos y estrechaba contra su resignado corazón á una criaturita pálida y delgada, á una niña hambrienta y cuyos grandes ojos, luciendo con el triste brillo de la calentura, imploraban una invisible protección al través de la puerta que estaba cerrada. Al cabo de un instante de aguardar y sin que la madre, de que vamos hablando, se hubiese atrevido á hacer una invitación á aquella caritativa casa, se abrió como por milagro la puerta, y dos hermanas de San Salvador acudieron al lado de la mujer afligida, y animándola con la voz y con el gesto, una cogió á la niña en los brazos y otra llevó á la madre al refectorio, donde se estaban reuniendo todas las hermanas para la comida del anocheecer. El salón estaba caliente y bien cerrado, y al lado del fuego que chispeaba en el hogar, hallábase el sillón de la señora abadesa. En él hicieron sentar á la pobre viajera, y solícitas por aquella miseria que las conmovía, las bondadosas hermanas le prodigaron toda clase de servicios; le lavaron los ensangrentados pies á causa de la aspereza del camino, le presentaron la copa en que bebía la misma señora de La Rochefoucauld y mientras que un suave color volvía á aquel semblante por donde habían corrido tantas lágrimas, la niña, libre al fin de sus harapos, gozaba cubierta con blancos y calientes lienzos. Estuvieron comiendo, y en seguida tanto la madre como la niña fueron llevadas á la enfermería y descansaron en una cama de que hacía ocho días se hallaban privadas.

Al despertar por la mañana siguiente su primer mirada se encontró con los cariñosos y formales ojos de aquella ilustre señora de La Rochefoucauld, quien con su voz, adecuada igualmente para la oración que para el mando, estimuló á la madre á que la refiriese por qué serie de miserias había llegado á aquel abandono tan triste y tan completo. La madre le contestó entonces que se había desposado con un caballero, con un pobre irlandés, de la católica Irlanda, quien se la llevó consigo á una cabaña, donde por espacio de cuatro años habían vivido con suma dificultad. Dos años hacía que la niña se hallaba en el mundo, y Dios sabe que

tenían gran deseo de educarla; pero el hambre invadió todo el país y la peste arrebató al marido; los encargados de la hacienda pública vinieron y vendieron la cabaña y el terreno sembrado de trigo, y acto continuo la caridad, ó digámoslo así mejor, la prudencia del gobierno, hábil en desahacerse de los pobres que no tienen apoyo, los embarcó en un bote de pescador que los hubo dejado en la costa, y de este modo había llegado la infeliz á aquel paraje de asilo, donde esperaba hallar alguna ocupación sirviendo en la abadía y un vaso de leche caliente todos los días para su hija.

Al oír semejante relato, muy lleno de valor y de resignación, las señoras de San Salvador contestaron que ocuparían á la madre en la costura blanca y que doptarian á la niña. Pero la madre sucumbió después de una desesperada lucha de quince meses contra el mal que la invadía, y falleció bendiciendo á sus bienhechoras y recomendándoles su hija. En el entretanto la niña había crecido, y el bienestar y carino de tantas bondadosas madres adoptivas aseguraron su vacilante salud. Se había puesto muy bonita y muy graciosa; era un verdadero juguete para las jóvenes novicias, entre quienes reemplazaba la muñeca. Todo el día era admirada y colmada de cariños; obedecían sus menores caprichos, y su mas leve palabra era una orden, ¡Ah! decían aquellas bondadosas señoras, ¡qué gracia tiene, qué talento! ¡Es encantadora! y todas á porfía se esmeraban con halagos. Únicamente la señora abadesa era reservada con aquella niña. Decía que todos aquellos elogios eran capaces de pervertir muy en breve la mas excelente índole; que mejor sería fortalecer aquella huérfana contra las emboscadas y lazos estereiores; que muy pronto tendría aquella niña que dirigir su vida y ganarse el pan de cada día... Pero estas eran vanas palabras, porque el convento no tenía otra distracción y se entregaba á ella á rienda suelta. Cuanto mas crecía la niña, mayores eran los estremos de carino; aquellas señoras se disputaban la dicha de enseñarle á leer, á escribir, y las bonitas historias que la niña leía en *Royaumont* estaban llenas de bellísimas imágenes. Varias de aquellas señoras, mas instruidas enseñaban á este joven talento, una la geografía, otra las primeras nociones de matemáticas. Las viudas retiradas del mundo, y que no aceptaban del claustro sino la soledad y el silencio aguardando la hora en que su luto se trocase en gran ostentación, tenían cuidado de contar á la joven enclaustrada una serie de elegías y coplas galantes, con acompañamiento de clave ó tiorba. Puede calcularse si la joven quedaría gustosa y si aquellas bonitas canciones se grabarían fácilmente en este tierno cerebro.

Las dos verdaderas madres de la joven Elisa (este era su nombre) se llamaban las señoras de Gien. Se encargaron muy particularmente de aquella niña, que ya era una mujer, y como se hubiesen muerto de pesar con la sola idea de separarse de ella, se hicieron nombrar para ir destinadas al monasterio de San Luis, situado en un barrio de la ciudad de Ruan. Siendo la abadesa la señora de Gien, la mayor, como por coadjutora á su hermana, y habiéndose despedido ambas de la señora de La Rochefoucauld, se llevaron consigo á la joven Elisa, quien vino á ser una especie de soberana en aquel convento, que era pobre y amenazaba ruina por todas partes. Pero aquellas señoras habían obtenido de su familia una pensión que las permitía conservar consigo á su hija adoptiva. La amaban en efecto como una madre ama á su hija, y ella por su parte las recompensaba con mis

carinos. Era su lectora y su secretaria, y llegó á ser su consejera. Siendo caros y escasos los libros, abrieron una escuela aquellas señoras, y la jóven Elisa se puso al frente de su escuela, adonde concurrían varias jóvenes que trabajaron amistad con su maestra. Entre otras la señorita Silly, afable y bien parecida, un buen talento y un buen corazón, una verdadera y sincera normanda, encantada y llena de entusiasmo por la jóven Elisa, la apreciaba como si fuese su hermana mayor. Formaron la una para con la otra grandísima amistad é hicieron el juramento de no separarse nunca:—No, nunca nos separaremos; viviremos juntas. Y justamente la señorita de Silly, fué por aquel tiempo atacada por una horrorosa enfermedad, con la que las jóvenes solían perder la vida y casi siempre su hermosura. Este mal que esparcía el terror, era casi siempre incurable, y la señorita de Silly, cuando al cabo de cuarenta días sintió desaparecer al fin aquel contagio que alejó de su juventud á toda su familia, hallando á la jóven Elisa, que como un ángel custodio estaba á la cabecera de su cama, le dice:—«Bien ves que tenía yo razón para amarte; me has salvado la vida.» Y queriendo Elisa traerle un espejo, le dijo: «No, todavía no, aguardemos; pues debo estar horrorosa.» Y unas lágrimas vinieron á humedecer aquellos hermosos ojos todavía enfermos. Mas no quedó desfigurada, recobró la hermosura como había recobrado la salud, y su reconocimiento se duplicó para con aquella amiga que la salvara.

La señora de Silly madre, acudió al punto que su hija estuvo fuera de peligro, y no pudo escusarse de invitar á la jóven Elisa á que acompañara á su hija al castillo de Silly. Era este un antiguo edificio fabricado en forma de S, siendo el uso de entonces dar á los castillos normandos la forma de la primera letra del nombre de la tierra. Así pues, la Meillerie representaba una M en la distribución de sus construcciones; mas el verdadero mérito del castillo de Silly consistía en hallarse situado en el centro del valle de Auge, donde todo florece, hasta las espigas. Por la primavera, por estío y por los últimos días de otoño, no se oyen sino el murmullo de los arroyos, el canto de las aves y ligeros zumbidos bajo un soplo invisible. Una jóven fuera de su convento, toda radiante de juventud y de esperanza, es naturalmente dichosa en aquel espacioso jardín y olvida con gusto la ingrata! el convento y sus madres adoptivas. Tal era el entusiasmo de la jóven Elisa, al entrar del brazo de su amiga en aquella casa, triste interiormente á la verdad, pero muy deliciosa por fuera. Mr. de Silly, el padre, era un anciano melancólico, á quien apenas se le oía una palabra, se le veía poquísimo, porque comprendía que su muerte se hallaba próxima, y resignado como un antiguo militar, se preparaba para morir cristianamente. La señora de Silly se inquietaba con mucha moderación por las tristezas de su marido, no mas que por los recientes riesgos de su hija, víctima de las viruelas. Era, como todas las madres de aquellos antiguos tiempos, apasionada por la gloria y por el nombre de su casa; todo su cariño y toda su ambición se reconcentraban incesantemente y sin fin en su hijo, heredero y continuador del nombre, de la fortuna, y de la autoridad de sus abuelos. Tal era la costumbre y la ley del mundo feudal, en el que todo recaía en el hijo mayor, y el segundo no era nada; llamábase el señorito y pasaba una vida oscura en un rincón del castillo de su padre, considerándose dichoso en pasear por los jardines paternos al sobrino que debía desheredarlo

completamente. En cuanto á las hijas, eran todavía menos consideradas que los hijos segundos. Las metían en un convento en virtud de un corto dote y desaparecían para siempre. Por tanto, la señorita de Silly era en la casa de sus padres tan extraña como la jóven Elisa, pero el hábito y la resignación, unidos con la juventud, tienen grandes privilegios. Las jóvenes se contentan con poquísimo, con el mas próximo horizonte y no van mas adelante. El día de mañana es su sueño dorado; de hoy á mañana y nada mas, con tal que tanto el día de hoy como el de mañana sean un jardín de flores.

Entregadas á sí mismas aquellas dos jóvenes, leían los poetas que agradan á la juventud, comenzando por La Fontaine; se entusiasmaban con las tragedias de Racine, y sabían de memoria la *Atalia* y la *Esther*. A veces el viejo Corneille y también Moliere eran citados por ambas; pero con mayor frecuencia se referían bonitas historias que habían inventado. Su mas viva curiosidad y su inagotable conversacion era el regreso del conde de Silly, el hijo único y el único heredero en el castillo de sus padres, digámoslo mejor, en su castillo. El conde de Silly llenaba con su recuerdo hasta el último rincón de aquellas moradas; sus perros aullaban en la perrera, sus bosques estaban llenos de caza, sus vasallos miraban todas las mañanas por el lado que debía de venir su amo y señor, su banco estaba vacío en la iglesia. Se hallaba en todas partes: el niño mas chico del pueblo contaba al pasar la gloria y el nombre del noble señor. Era capitán á los diez y seis años, y coronel cuatro años despues. Se había hallado presente en todas las desgraciadas guerras de los últimos años de Luis XIV, siempre vencido y siempre volviéndose á levantar. En la batalla de Hochstedt, donde se batió como un héroe, el conde de Silly fué hecho prisionero por los ingleses, quienes lo llevaron á sus islas, donde las heridas y sobre todo la pena de la patria ausente, hubieran muy pronto reducido al jóven á desesperar de la vida; pero una señora, una amiga que en la corte tenía, se interesó por él, y en virtud de su intervencion el jóven iba á regresar prisionero bajo su palabra. De un día á otro lo estaba aguardando, y ambas jóvenes no se hallaban menos impacientes que la marquesa de Silly, su madre.

Volvió al fin en medio de la alegría universal, y la jóven Elisa, advertida anticipadamente, conoció á la primera mirada al perfecto caballero de quien había oído hablar con mucha frecuencia. Era un jóven de ojos negros y llenos de fuego, de buen semblante y de elevada estatura, con el aire militar, el paso algo grave, y la frente pensativa. En poco tiempo había envejecido mucho; pues nada envejece á un militar como una guerra desgraciada. Ya hemos dicho que el conde de Silly había llegado en mala ocasión, despues de Mr. de Turenne, despues de las grandes victorias, de las ciudades conquistadas, de las batallas ganadas, de los *Te Deum* y banderas que los vencedores van á colgar de las sagradas bóvedas de la iglesia de los Inválidos. «Señor mariscal, decía Luis XIV á uno de sus generales vencidos, en nuestra edad ya no se es feliz.» Luis XIV y el mariscal de Villeroy hablaban muy á su gusto; porque tenían la antigua gloria en consuelo de la derrota presente; pero los jóvenes, los reciénvenidos, llamados los últimos á la gloria ¿cuál era su consuelo en no llegar sino á la derrota?

Aborto en estas tristes ideas vivía hacia mucho tiempo el conde de Silly. Por mas que arriesgaba su perso-

na, se ponía en la primera fila de los combatientes, empujaba al soldado hacia los enemigos, llamaba con toda su voz la victoria en su ayuda..... había siempre un momento en que era preciso ceder, volver atrás, repasar el foso, incendiar la

ciudad sitiada y salir de noche con el chirrido de aquellas fúnebres luces. Mas ¡qué estamos diciendo! ¡y el funesto instante en que el mas valiente entrega su espada, y aquellos largos senderos por donde es menester pasar, conducido



En la puerta del convento.—Dibujo de F. Lix.

por el destacamento enemigo! ¡y esas mujeres, esos niños y esos ancianos que en medio de los vencedores dicen, señalando con un dedo despreciativo: «Ahí van los vencidos, los prisioneros!» Estas eran insufribles angustias, y Mr. de Silly que ceñía una espada que ya no le pertenecía, volvió a su casa triste, abatido, con la cabeza baja é imponiendo sí-

lencio á los clamores de júbilo. Besó la mano de la madre sin hablar palabra, y estuvo llorando en los brazos de su padre. Este lloraba también la pasada gloria, y por compasión á su hijo se había quitado del pecho la cruz de San Luis.

Semejante regreso, que ambas jóvenes se habían imaginado magnífico y triunfante, las llenó de estupor, y lo que todavía es mas extraño (eran casi de la misma edad y de igual estatura, y las facciones de la señorita de Silly habían engruesado un poco), el joven coronel tomó á Elisa por su hermana, y á su hermana por la forastera. Abrazó cariñosamente á la primera, saludó con política á la segunda; y no viendo que ésta se sonrojaba ni que aquella quedó cortada, se encerró en un gabinete lleno de libros, donde pasaba todos

los días triste y silencioso leyendo las guerras de Tucídides, los Comentarios de César ó los libros de Polibio. Estudiaba también los grandes capitanes, y á cada batalla ganada exhalaba un profundo suspiro. De este modo pasaba una vida austera y grave en medio de sus libros, buscando la soledad y con el semblante cubierto de sombría tristeza. Estrañándolo y disgustadas muy pronto con su indiferencia, murmuraban las jóvenes cada cual por su parte; la señorita de Silly le dijo en confianza á Elisa que si su hermano no la había conocido, ella sentía mucho hallarlo con aquel semblante tan triste.—Cuando dejó la casa paterna, decía suspirando mucho, era todo lo vivo y alegre que puede ser un joven; no hablaba sino de combates y de victorias, escribía sonetos y



Sobre los escalones del puente.—Dibujo de F. Lix.

canciones; era muy aficionado á la caza, y los domingos bailaba con las aldeanas debajo de los olmos. Si á veces no asistía á la fiesta el violinista del país, mi hermano mandaba buscar su violín y nos hacía bailar. En aquel tiempo gastaba hermosos trajes bordados y la cabellera rizada; no tenía bigote, mas en desquite una pluma que llevaba en el sombrero, recordaba el blanco penacho de la batalla de Ivry. En casa no se oía sino su voz y sus gritos en los bosques... ¡Lo han mudado á mi hermano! Se parece á un inglés puritano del tiempo de Cromwell, y si me dijeran que se ha hecho hugonote, no lo estrañaría.

Tales eran los discursos de la señorita de Silly con su joven amiga, quien lo que menos pensaba era tomar la defensa de aquel gallardo caballero, cuya conducta le parecía á la verdad mas propia de un rústico y mal criado que de un ca-

ballero que gastaba espada. Las dos jóvenes, que creían estar muy solas, tenían sus confianzas sentadas en los escalones de un puente rústico en la estremidad del parque, al murmullo del agua cristalina, y ambas estaban muy distantes de sospechar que el joven estaba oyendo á pesar suyo la conversacion de ellas debajo del arco del puente, donde se había detenido para ver correr el agua, lo cual es la señal de verdadera tendencia á cavilaciones. Al fin cuando ellas hubieron esplanado bien todas sus censuras regresaron al castillo cruzándose los brazos por debajo del talle, y su actitud denotaba que la conversacion interrumpida había continuado con mayor ahinco.

—¡Ah! se decía Mr. de Silly, cuando uno es batido en una parte, lo es en todas, y el día de hoy me acarrea una derrota mas.

Sin embargo, á la hora de cenar entró con el semblante mas risueño que de costumbre, y así que saludó á sus padres, hizo una atenta cortesía á las jóvenes señoritas. La mesa estuvo alegre; porque el anciano señor se hallaba en sus buenos instantes, y como era muy aficionado á proverbios, soltó dos ó tres uno sobre otro con gran satisfacción de los presentes.

—Ustedes se reirán, decia; pero mejor fuera que estuviesen algo formales. El proverbio es el eco de la sabiduría de las naciones.

—Señor, repuso el conde de Silly, esa sabiduría de las naciones se engaña con mucha frecuencia, y estoy muy incómodo con ella. Hoy mismo me ha hecho una mala pasada la sabiduría de las naciones. Está escrito: *al buen entendedor....* He oido cosas extrañas acerca de mí, las que no obstante, salian de encantadores labios. Si, por cierto, soy un rústico, un maniático, un tosco, un ciego, mal criado, ¿y qué mas? ¡un hugonote! Y tambien muy mal vestido, muy poco culto y caprichosamente melancólico.

A cada palabra que iba diciendo, puede calcularse lo grande que seria la confusion de las jóvenes y el gran rubor que se les presentaria en las mejillas. De buena gana habrian deseado que la conversacion tenida sobre el puente, hubiese sido debajo de tierra.

—Tú, hijo mio, no tienes buena suerte; pues en tu edad y guapo como eres, el menor eco deberia ser indulgente y grato. Muy favorable nos era cuando el rey, mi señor, y yo, no teniamos mas que veinte años. Tales fueron las confianzas de la señorita de La Valliere en el momento en que pasaba su majestad no lejos del sotillo de las Camaristas. ¡Qué lindas cosas oyó el rey!

—Esté vd. seguro, replicó el coronel de Silly, que al menos habian visto el perfil del rey ó alguna indiscreta rama habia crujido bajo los pies de éste. Pero si su majestad hubiese estado oculto en el bosquecillo de Latona, acaso habria oido verdades tan crueles.... ¡Pero qué importa! la verdad es muy bella y tiene muchos encantos, si se ha de creer el adagio.

Naturalmente, la señorita de Silly fué la primera en volver de su turbacion, y tomando muy pronto la ofensiva dijo con agradable sonrisa:

—La verdad es la que ofende, y el que se pica ajos come, dice el adagio.

La señorita de Silly era delicada y aguda, mas desde aquel instante se interrumpió la indiferencia ante el conde y las dos jóvenes, y restablecida la buena armonía, se paseaban y hablaban como antiguos amigos, tomando su parte á jóven Elisa en aquellas gratas y honestas expansiones.

En tan inocentes pasatiempos transcurrió de este modo el verano; mas cierto dia, cuando acababan de ensillar los caballos para dar un buen paseo, entraba en el patio del castillo una silla de posta cubierta de polvo. La gente de la casa, reunida ya en la plataforma, vió bajar á un hombre de edad mediana, que parecia ser un sacerdote cortesano que hubiese sido capitán de infantería antes de recibir las órdenes. Tenia elevada estatura y la cabeza hermosa; llevaba alzacuello y las botas sin espuelas. Su paso fácil indicaba un hombre de gabinete. Era el abate Vertot, historiador lleno de talento y de elocuencia, inteligente y con todas las dotes de un historiador, á escepcion de esa cualidad suprema que poco hace hemos indicado, la verdad. Cuidábase mucho menos

de ser verdadero que interesante, raro y curioso; y con tal que los materiales estuviesen á su alcance, se valia de ellos con mucho gusto; mas si era menester consultar papeles antiguos y buscar en el polvo de las bibliotecas un documento precioso, nuestro historiador prescindia de ellos aun con mayor gusto. Cierta dia que le prometieron una narracion auténtica del sitio de Malta, contestó:

—¡Ah! viene vd. demasiado tarde, *mi sitio está ya concluido.*

Esta celebre espresion del abate Vertot, ha tenido gran acogida y se cuenta hoy en el número de los proverbios.

El dia de que vamos hablando, llegaba directamente de París nuestro sacerdote, siendo portador de una gran noticia.

—Amigo, le dice al jóven, hoy se canta el *Te Deum* por la paz. Ya está vd. libre, y juntamente con la cruz de San Luis, le traigo la orden para que vuelva á su regimiento; y si vd. no tiene inconveniente, marcharemos esta misma noche.

Al oír esta inesperada nueva se vieron brillar de alegría los ojos del jóven, quien en aquel instante tenia seis codos, la talla de los héroes de Homero, y entregando al padre aquella cruz militar que con muy justo título habia ganado, le dice:

—Concédame vd. el honor de recibirla de su mano.

El anciano caballero, con mano tremula de alegría colocó la cruz de San Luis en el pecho de su hijo, y él mismo volvió á ponerse la cinta encarnada que se habia quitado para no aumentar la humillacion del hijo; pero inútilmente los padres le rogaron al jóven que se quedase todavía en el castillo nada mas que unos dias, para festejar su gloria; é inútilmente las jóvenes con sus silenciosas miradas le suplicaron que no se marchase tan pronto; el conde ardía en impaciencia sin saber como reprimir su júbilo, y besaba las manos de los padres diciéndoles:

—Déjenme vds. marchar. Vefase ya al frente de su regimiento, ó bien iba á saludar al rey en Versalles al salir de misa, y el rey lo invitaba para que fuera á Marly; mas si era de noche á la hora de recogerse, el rey le hacia dar la palmaria y alumbraba á su majestad hasta la puerta de su cámara; en fin, todas las ilusiones que puede formarse un jóven un momento antes vencido, prisionero y desarmado, que de repente vuelve á verse llamar á las filas por la poderosa voz de la guerra. Marchó, pues, concediendo apenas una última mirada á las dos jóvenes, quienes lo consideraban como se mira un sueño.

—Se va como vino, decia Elisa á la señorita de Silly.

—Buen viaje, añadia la señorita de Silly; no tardaré yo mucho en consolarme.

En efecto, estaba pensando en que su casamiento se hallaba decidido con un jóven caballero de las inmediaciones y que su esposo la acompañaria por los grandes prados, debajo de los antiguos árboles y por las espaciosas alamedas de que Elisa se despedía en voz baja para no volverlas á ver mas.

Y como está escrito que *una desgracia nunca viene sola*, á los pocos dias de haber marchado el jóven coronel, la señorita Elisa de Launay recibió una carta del convento en que era reina y al cual contaba volver cuanto antes. Abrió trémula aquella carta, cuyo sobre era de letra desconocida, y en lugar de las palabras maternales á que estaba habituada

y del afectuoso llamamiento de su querida abadesa y de la digna hermana de ésta, halló espresiones severas y un mandato formal para no volver al monasterio. Su amada abadesa había fallecido, dejando la casa tan empeñada, que su propia hermana se había visto en la necesidad de salir de ella. Las demás religiosas, cuyo dote en gran parte estaba perdido, fueron recogidas en los conventos inmediatos por la solicitud del arzobispo de Ruan, el hermano de Mr. de Colbert. De este modo la jóven Elisa careció de asilo para en adelante. Ayer todavía se trataba como igual con las mas nobles jóvenes del reino, y hoy está sola, abandonada y sin otro porvenir que emplearse en el servicio. Ayer todavía tenia muchos amigos y contaba con muchas protecciones; hoy no le queda sino un poco de dinero para ir á París y una carta de la señora de Gien, la sobreviviente de las dos hermanas, para la abadesa de las Miramionas, la digna hija de la amable y encantadora señora de Miramion, quien falleció ejercitando austeramente muy grandes y muy generosas virtudes, despues de formar un asilo admirable donde las jóvenes sin patrimonio y las infelices viudas hallarian socorro y proteccion. Este lugar de asilo tomó el nombre de su fundadora, y las hermanas se llamaban las *Miramionas*; aquí fué donde la huérfana era llamada, tanto por la voluntad de la madre adoptiva como por su pobreza.

II.

El golpe fué duro, y la infeliz abandonada tuvo un engaño al leer aquella carta fúnebre; pero afortunadamente tenia una gran alma cuyo temple no pudieron debilitar todos aquellos mimos maternos. Por lo que tranquila muy pronto, consideró con sangre fria su situación, contemplándola, si no con valor, al menos sin desesperarse. Lo que desde luego comprendió, aun en las miradas de la señorita de Silly, fué que en aquel gran naufragio no podia contar sino con su prudencia y resignacion. En aquel tiempo, el camino desde la provincia de Normandía á la corte era largo y penoso; por lo que la primera precaucion de la jóven, despues de haber buscado aunque inútilmente quien la acompañase, fué el tomar un traje que le permitiese ser desconocida. Marchó vestida de aldeana, y la señorita de Silly se despidió de ella sin conmoverse demasiado. El carruaje por asientos (segun se caminaba en aquella época) era un mal coche tirado por viejos caballos que andaban media jornada, y los viajeros se acostaban en las posadas todas las noches. No fijaron estos gran atencion en la jóven normanda, la que desde el segundo dia de este largo viaje fué adoptada, por decirlo así, por una anciana que le sirvió de rodrigon. En aquellos momentos la Francia entera se hallaba ocupada con la enfermedad de que el anciano rey Luis XIV debía sucumbir. Los viajeros preguntaban en cada parada las noticias que habia acerca del rey, no porque este continuara siendo popular, pues habia ya mucho tiempo que el amor de aquel pueblo injusto y voluble se habia retirado de su persona; sino porque la majestad real era tan grande, ocupaba tan alto puesto en este bajo mundo, que tan gran príncipe no podia desaparecer despues de un larguísimo reinado, sin que el reino entero se inquietara por semejante cambio en sus destinos.

En las mas humildes ventas, los carreteros mismos se informaban de la salud del monarca; y una noche estaban

bebiendo en la posada dos hombres de muy mal talante, mas parecidos á ladrones que á filósofos, quienes despues de hablar del rey, se pusieron á disputar sobre la pluralidad de los mundos, con gran estrañeza y satisfaccion de los viajeros. Al cabo de ocho dias de semejante camino por en medio de valles y montes, llegó el carruaje á la posada del *Plato de Estaño*, que segun es sabido, era el punto supremo y el parador de todos los reciénvenidos á París. Al punto de llegar, la anciana, que al parecer habia adoptado á la jóven huérfana, apenas le hizo un saludo y desapareció por entre aquellas encrucijadas llenas de gente. Esta previsora mujer tenia muchísimos medios de encargarse de una desgraciada que le habia referido sencillamente que ignoraba lo que iba á ser de ella. Ya la noche se venia encima, el tiempo estaba lluvioso, y la casa de las Miramionas se hallaba al otro extremo de París. La señorita de Launay, llevando debajo del brazo el corto equipo que salvó, se puso á andar de prisa hacia el barrio de Santiago; y habiendo llegado á la hospitalaria puerta de aquella casa donde estaba su postrer esperanza, le dijo la hermana tornera:

—¡Ah, hermana! no vaya vd. mas lejos; viene vd. á un punto habitado por el hambre y por la peste.

Efectivamente, el pan faltaba en aquel recinto opulento en otra época, y las viruelas ocasionaban grandísimos estragos. Cualquiera otra hubiese retrocedido delante de aquel doble riesgo del pan que falta y del contagio.

—Gracias á Dios, hermana, contestó la jóven viajera, llevo aquí para encontrar y para dar buenos ejemplos. Soy cristiana, y tengo valor; ábrame vd., que soy de las suyas.

Movida la hermana con las anteriores espresiones, abrió la puerta á aquella aventurera de la caridad, y tres dias despues falleció en sus brazos. Esto es lo que se llama entrar en el mundo bajo buenos auspicios. *O encima ó debajo*, decia á su hijo una madre espartana, al entregarle el escudo; es decir, que no abandonase á este nunca, y que en último caso se lo colocaran en el sepulcro. Hubiérase creído que la señorita de Launay obedecia aquella severa voz, y viva ó muerta, debia salir de aquel monasterio rodeada de respetos y honores.

Entretanto, debajo de las bóvedas de aquel palacio de Versalles, construido con sus manos para ser eterno, falleció el rey valeroso y dignamente, como siempre lo habia hecho todo. Sabia que su mal era incurable, y no obstante, en su actitud y en su mirada el hombre mas hábil no hubiera podido percibir sino la calma y la majestad. En su antecámara estaba aguardando, confundido entre la muchedumbre de cortesanos aduladores, el embajador de Prusia, y el rey, subido en el trono, lo recibió como en otro tiempo en los mejores dias de su vigorosa salud. Por la noche hubo gran reunion, banquete diplomático, y la presentacion de dos nuevas duquesas; los veinte y cuatro violines tocaron zarándas, con gran estrañeza del primer médico Fagon, y del cirujano Marechal. El rey no se acostó mas temprano que de costumbre, y al dia siguiente de esta recepcion del embajador, asistió al consejo de Estado, y cenó en su cuarto despues de haber tenido tertulia. De este modo en cada uno de sus últimos dias estuvo ocupado el rey, ya presidiendo el consejo de Estado, ya el de Hacienda, recibiendo á todos los ministros, y conferenciando con Mad. Maintenon, con el duque de Noailles, con el canceller, con el duque de Maine y á veces con el de Orleans. Tal era aquel *Júpiter mori-*